

mino de la humildad, por el que debemos caminar para llegar al cielo perdido por nuestro orgullo. Es el Hijo único del Padre, de ese Padre que «*amó al mundo hasta el extremo de entregarle su propio Hijo*»; y es el mismo Hijo único quien confirma plenamente la voluntad de su Padre, viniendo a ofrecerse por nosotros «*porque El lo quiso*».

¿Podríamos ofrecer un agradecimiento proporcionado al regalo, cuando, en el fondo de nuestra miseria, somos incapaces de estimar su valor? En este misterio, sólo Dios y el divino Infante, que guarda el secreto en el fondo de su cuna, saben perfectamente lo que nos dan.

4º Amor. — Si la gratitud no puede igualar al don, ¿quién podrá saldar esta deuda? Sólo el amor es capaz de hacerlo, porque, por muy limitado que sea, no tiene medida y siempre puede ir en aumento. Por eso la santa Iglesia, invadida de inefable ternura, después de haber adorado, bendecido y dado gracias, y exclama: «*¡Qué hermoso eres, oh Amado mío!*». Y todas sus palabras son palabras de amor; la adoración, la alabanza, la acción de gracias no son en sus cánticos más que expresión variada e íntima del amor que transforma todos sus sentimientos.

Sigamos también nosotros a nuestra Madre la Iglesia y llevemos nuestros corazones al Emmanuel. Los Pastores le ofrendan su sencillez, los Magos le llevan ricos presentes; unos y otros nos enseñan que nadie debe presentarse ante el divino Infante sin ofrecerle un digno donativo. Ahora bien, hemos de saber que ningún tesoro estima El tanto como el que ha venido a buscar. El amor lo hizo bajar del cielo; ¡compadecemos al corazón que no le entrega su amor!

4º La Vía iluminativa.

El alma que ha entrado en Belén, en la «*Casa del Pan*», unida al que es la «*Luz del mundo*», no camina en tinieblas. El misterio de Navidad es un misterio de luz, y la gracia que comunica al alma la sitúa, si se mantiene fiel, en ese segundo estado conocido con el nombre de «*Vía iluminativa*». En adelante no tenemos que afligirnos esperando al Señor: ha venido ya para iluminarnos, y su luz, lejos de extinguirse, irá creciendo a medida que el Año litúrgico se vaya desarrollando. Verdad es que quien se propone a nuestro conocimiento e imitación es el Verbo divino, la Sabiduría del Padre; pero este Verbo, esta Sabiduría, se presenta bajo formas infantiles. Nada hay, por consiguiente, que nos impida acercarnos. No hay aquí un trono sino una cuna; no un palacio sino un establo; no se trata aún de penas, de sudores, de cruz o de sepultura, pero tampoco de gloria y de triunfo; sólo aparecen la dulzura, la sencillez y el silencio. «*Acercaos, pues, nos dice el Salmista, y seréis iluminados*».

(Extractos de *El Año Litúrgico*, de DOM PROSPER GUÉRANGER)

El tiempo de Navidad

Se da el nombre de *Tiempo de Navidad* al período de cuarenta días que va desde la *Natividad de nuestro Señor*, el 25 de diciembre, hasta la *Purificación de la Santísima Virgen*, el 2 de febrero. Es un tiempo dedicado de manera especial al júbilo que procura a la Iglesia la venida del Verbo divino en carne humana, y consagrado particularmente a felicitar a la Santísima Virgen por la gloria de su maternidad. Ni las fiestas de los Santos que ocurren durante esta temporada, ni la llegada bastante frecuente de la Septuagésima con sus tonos sombríos, son capaces de distraer a la Iglesia del *inmenso gozo que le anunciaron los Angeles* en esa noche radiante, durante tanto tiempo esperada por el género humano, y cuya conmemoración litúrgica ha sido precedida por las cuatro semanas que forman el Adviento.

1º Misterio del Tiempo de Navidad.

El Verbo divino, cuya generación es anterior a la aurora, nace en el tiempo; un Niño es Dios; una Virgen es Madre sin dejar de ser Virgen; lo divino se entremezcla con lo humano. La sublime e inefable antítesis expresada por el discípulo amado en aquella frase de su Evangelio: «*El Verbo se hizo carne*», se repite en todas las formas y tonos en las oraciones de la Iglesia, resumiendo admirablemente el gran prodigio que acaba de verificarse al unirse la naturaleza divina con la humana. Este misterio, desconcertante para la inteligencia pero dulce al corazón de los fieles, es la consumación de los designios divinos en el tiempo, la causa de admiración y de pasmo para los Angeles y Santos en la eternidad, y al mismo tiempo el principio y motivo de su felicidad.

1º El día de Navidad. — Jesucristo, nuestro Salvador, «*la luz del mundo*», nació en el momento en que la noche de la idolatría y del pecado tenía sumido al mundo en las más espesas tinieblas. Y he aquí que el día de ese nacimiento, el 25 de diciembre, es precisamente el momento en que el sol material, en lucha con las tinieblas y decreciente frente a ellas, se reanima de repente y se dispone al triunfo.

En el Adviento advertíamos la disminución de la luz física como un triste símbolo de estos días de universal espera; con la Iglesia suspirábamos por el divino «Oriente», por el «Sol de Justicia», el único que podía librarnos de los horrores de la muerte tanto de cuerpo como de alma. Pero este día de Navidad, en que la luz comienza a

crecer, es muy a propósito para simbolizar la obra de Cristo, quien, por medio de su gracia, renueva continuamente nuestro hombre interior.

2º El lugar del Nacimiento. — Se trata de Belén. «*De Belén saldrá el caudillo de Israel*». ¿Por qué razón eligió Dios esta oscura ciudad con preferencia a otra, para ser el escenario de tan sublime suceso? El nombre de la ciudad de David significa «*casa del Pan*»; y por eso la escogió para manifestarse Aquel que es «*el Pan vivo bajado del cielo*».

Nuestros padres «comieron el maná en el desierto y murieron»; pero ahí tenemos al Salvador del mundo, que viene a alimentar la vida del género humano por medio de su carne, «que es la verdadera comida».

El Arca de la Alianza, que contenía sólo el maná corporal, se ve reemplazada por el Arca de la nueva Alianza, un Arca más pura e incorruptible que la antigua, a saber, la incomparable Virgen María, que nos ofrece el «Pan de los Angeles», alimento que transforma al hombre en Dios; ya que, según lo dijo Jesucristo, «el que come mi carne, en Mí mora y Yo en él».

Hasta ahora Dios permanecía alejado del hombre; en adelante, ambos serán una sola cosa. Su gran deseo es unirse a nosotros, y para eso quiere hacerse nuestro Pan. Su venida a las almas en este período no tiene otra finalidad. No descansará el divino amigo hasta que se haya adentrado en nosotros de forma que no seamos ya nosotros los que vivamos, sino El en nosotros; y para que con más suavidad se realice el misterio, el Pan vivo de Belén se dispone a entrar en nosotros bajo la forma de Niño, para ir luego «creciendo en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres».

2º Formas litúrgicas del Tiempo de Navidad.

La Iglesia adopta en este tiempo el color blanco, que solamente deja de lado para honrar la púrpura de los mártires San Esteban y Santo Tomás de Cantorbery, y para asociarse al duelo de Raquel que llora por sus hijos, en la fiesta de los Santos Inocentes. Fuera de estos tres casos, la blancura de los ornamentos sagrados manifiesta la alegría que los Ángeles comunicaron a los pastores, el brillo del naciente Sol divino, la pureza de la Virgen Madre y el candor de las almas fieles alrededor de la cuna del Niño Dios.

Igualmente, la Iglesia mantiene, incluso en los días de feria, el canto del *Gloria in excelsis*, que los Angeles entonaron en la tierra en el bendito día del Nacimiento del Redentor.

3º Práctica del Tiempo de Navidad.

«*Ha llegado el día de las bodas del Cordero, y la Esposa está preparada*». Ahora bien, esta Esposa es la Santa Iglesia; y también lo es toda alma fiel. ¿Cuál ha de ser nuestro ornato para salir al encuentro del Esposo? ¿Cuáles las perlas y joyas con que hemos de engalanar nuestras almas para tan afortunada cita? La Santa Iglesia nos instruye sobre este punto en su Liturgia, y lo mejor que podemos hacer es imitarla en todo, ya que Ella es siempre bien atendida por su divino

Esposo, y también porque, siendo a la vez nuestra Madre, debemos siempre escucharla. En este santo tiempo, la Iglesia ofrece al Niño Dios el tributo de sus profundas adoraciones, los transportes de sus inefables alegrías, el homenaje de su agradecimiento infinito, la ternura de su amor incomparable.

Estos sentimientos de adoración, de alegría, de agradecimiento y de amor, expresan los actos que también toda alma fiel debe tributar al Emmanuel en su cuna. Las oraciones de la Liturgia nos prestarán su voz, de modo que penetremos más en la naturaleza de esos sentimientos para sentirlos mejor y hacer totalmente nuestra la forma con que los expresa la Santa Iglesia.

1º Adoración. — Nuestro primer deber ante la cuna del Salvador es la adoración. La adoración es el primero de los actos de religión; pero puede decirse que, en el misterio de Navidad, todo parece contribuir a hacer ese deber más sagrado todavía. ¿Qué hemos de hacer nosotros, pecadores, miembros indignos del pueblo redimido, cuando el mismo Dios se humilla y anonada por nosotros; cuando, por la más sublime de las inversiones, los deberes de la criatura para con su Creador son cumplidos por El mismo? Debemos, en cuanto nos sea posible, imitar los sentimientos de los Angeles del cielo, y no acercarnos nunca al divino Niño sin ofrecerle el incienso de una sincera adoración, las protestas de nuestro vasallaje y la pleitesía del acatamiento debido a su Infinita Majestad, tanto más digna de nuestro respeto cuanto más se rebaja por nosotros.

El ejemplo de la Purísima Virgen María nos ayudará mucho a conservar en nosotros la humildad debida. María era humilde delante de Dios antes de ser Madre; después de serlo, es más humilde aún ante Dios y su Hijo. Nosotros, despreciables criaturas, pecadores mil veces perdonados, adoremos con todas nuestras potencias a Aquel que desde tan elevadas alturas baja hasta nuestra miseria, tratando de compensar, con nuestros actos de humildad, ese eclipse de su gloria que se realiza en la cueva y en los pañales.

2º Alegría. — La Santa Iglesia no ofrece solamente al Niño Dios el tributo de sus profundas adoraciones; el misterio del Emmanuel, del *Dios con nosotros*, es también para ella fuente de inefable alegría. El respeto debido a Dios se conjuga de un modo admirable, en sus cánticos sublimes, con la alegría de los Angeles. Por eso imita el regocijo de los pastores, que a toda prisa y rebosantes de contento acudieron a Belén, y también la alegría de los Magos, cuando a su salida de Jerusalén volvieron a ver la estrella.

Unámonos a esa jubilosa alegría. Ha llegado el que esperábamos y ha llegado para morar con nosotros. Como ha sido larga la espera, deberá ser embriagador el gozo de poseerle.

3º Agradecimiento. — A esta mística y deliciosa alegría viene a unirse el sentimiento de gratitud para con Aquel que, sin detenerse ante nuestra indignidad ni ante las consideraciones debidas a su infinita Majestad, quiso escoger una Madre entre las hijas de los hombres y una cuna en un establo. Tan empeñado estaba en la obra de nuestra salvación, en apartar de Sí todo lo que pudiera inspirarnos miedo o timidez, y en animarnos con su divino ejemplo a seguir el ca-